

EL TREN

Sabía que esa sería la última vez que tomaría el tren. Lo sabía, pero era también como que no lo supiera. La última, la primera vez, qué más daba. Ya estaba en él y él avanzaba sin parar.

El tren se agitaba. Cuánto tiempo llevaba en él, no lo sabía. En cuánto tiempo iba a llegar, no lo sabía tampoco, aunque de vez en cuando miraba el reloj como si este fuera a dar alguna respuesta. Vaya idiota. Regresaba la mirada a la ventana desde el asiento de pasajero donde todavía reposaba sentando.

El tren avanzaba sin cesar, cada vez más rápido, cada vez más intenso. Así lo llevaba haciendo desde siempre. ¿Por qué pararía ahora? No lo sabía. Subían y bajaban pasajeros, pero el tren jamás se detenía.

¿A dónde va el tren?, Por favor tome asiento señor pasajero, pero dígame, a dónde carajos va, ya le pedí que tome su asiento, el tren va a donde va y llegará cuando llegue.

Las horas pasaban y el tren no llegaba, la desesperación invadía el coche, pero no invadía a todos los tripulantes de la misma manera. Los otros pasajeros estaban sentados en sus asientos de pasajeros, hablando, viendo por la ventana, disfrutando el viaje mientras anochecía, pero lo que era claro, nadie sabía a dónde carajos iba el tren.

Qué si buscara al conductor y tomara el mando. Qué si pudiera escoger las vías donde el tren se desviase, qué si dejara el asiento de pasajero y cambiara el curso, como si todo fuera posible, como si todo fuera mudable y todo de sólo decisión dependiera.

Ya le he dicho que tome su asiento de pasajero, pasajero... ¿A dónde cree que va? Ahí no puede pasar, su asiento ya está asignado y ahí se debe de mantener durante el viaje. No, no, no.

Tomaría el mando del tren, y de las vías, de los coches y de los pasajeros. Quién sube, quién baja. Qué paradas hace y cuáles no. A qué hora sale, a qué hora regresa. Quizás también escogería las vestiduras de los asientos, sí, también lo haría, por qué no. Escogería los colores, los materiales, las bebidas del bar. Todo. Un tren hecho, o, mejor dicho, construido a la medida. Nadie podría impedirlo.

Comenzaría pronto, sin pensarlo mucho. Cada minuto pensado era un minuto perdido. Cuando la señora esa no estuviese viendo sería la hora. Cuando estuviese de espaldas. De ahí, un trago de agua y ¡pum! Tendría que aprovechar la oportunidad. De dos o tres pasos cambiar de vagón, pasar desapercibido al de adelante.

El vagón se agitaría, por la velocidad, tal vez por el miedo, por los ánimos, por todo. Los vagones siempre se agitan, o por lo menos así se sentiría. Ahí habría nuevos pasajeros. Mirarían con cara extraña, pero no se importarían, seguirían con lo suyo, como si nunca hubiese pasado nadie.

Pero ahí vendría la señora esa, por detrás, Deténgase, deténgase, regrese a su asiento, No, tomaré el mando del tren. Lo dirigiré yo.

Llegaría hasta la cabina del conductor, y ahí el control mudaría de dueño. El tren iría a nuevos sitios. Tomaría nuevas vías. Cuáles, buena pregunta, difícil de responder, pero serían nuevas. Diferentes.

Pero todo eso era mucho soñar, quizás sólo era tarde. El tren había llegado a su destino finalmente y ya era momento de bajar.